



HAL
open science

Lo real horribiloso en Colombia o lo que se oculta tras el caso Garavito

Olga L Gonzalez

► **To cite this version:**

Olga L Gonzalez. Lo real horribiloso en Colombia o lo que se oculta tras el caso Garavito. Garavito no fue, 2010. hal-01966617

HAL Id: hal-01966617

<https://hal.science/hal-01966617>

Submitted on 8 Jan 2019

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

González, Olga L, “Lo *real horrible* en Colombia o lo que se oculta tras el caso Garavito”, prefacio del libro *Garavito no fue*, de Román Gómez, Ed. Universidad de Manizales, Colombia, 2010.

Lo *real horrible* en Colombia o lo que se oculta tras el caso Garavito

Por Olga L. González*

Acaso no hay figura más odiosa, más indefendible, y de cierta forma más incomprensible que la del personaje que le da el título al libro que el lector tiene entre sus manos.

Por eso, mi sorpresa fue mayúscula cuando el autor me envió el manuscrito (una ficción basada en hechos y documentos reales) para saber si yo querría escribir algo parecido a un prefacio. Mi sorpresa empezó con el título, que a primera vista parece un descargo.

Como ciudadana, yo hubiera preferido sepultar este caso. Dejarlo en un archivo cerrado, en el olvido, en la tierra de nadie. Hubiera preferido enterrar los hechos, borrar los nombres –y no solamente por desinterés o egoísmo: como una forma de conservar algún tipo de salud mental, también. Porque la existencia de este caso, y su reciente *revival* en programas de televisión y en columnas de prensa, viene a corroborar una sensación que, en lo personal, se me hace cada vez más insoportable: *lo real horrible* como destino manifiesto nacional.

Leer, ver o escuchar la prensa, hoy, en Colombia, es ser testigo de una viciosa crónica amarilla –como se les decía no hace mucho a las secciones de pasión, sangre y fuego de los periódicos- donde el horror compite con lo horroroso. La sección de crímenes ha tomado por asalto al dispositivo informativo. Revisando los titulares de primera plana de los últimos tres días, uno se encuentra con que las noticias destacadas son de este calibre: “Rector de colegio habría pagado por atentado a Secretaria de Educación de Tumaco”; “Relato de uno de los sicarios, prueba contra Concejal sindicado de asesinar a su esposa”; “Por caída de 'Patamala', segundo jefe de la 'Teófilo', se pagarán \$1.900 millones a un informante”; “Otro extraditable aparece en listas de Agro Ingreso Seguro; es Jency Miranda Dávila, alias 'Ernesto’”.

Evidentemente, la acumulación de “noticias” de este tipo no genera ningún conocimiento sobre los procesos sociales determinantes dentro de la sociedad. Un ejemplo muy dicente sobre la paradójica función de los medios se refiere al escándalo político más sonado del gobierno en curso, el famoso caso de la “parapolítica”. Las noticias referidas a los compromisos pactados entre paramilitares y políticos no pasan del nivel anecdótico. No se detienen los periodistas en tratar de restablecer el tinglado general detrás de los hechos, quedando el ciudadano enfrentado a una montaña de alias, versiones y contraversiones donde se confunden jerarquías, funciones, responsabilidades –y, consecuentemente, donde se desvanece la frontera de lo admisible y lo inadmisibile, entre lo que una sociedad está dispuesta a tolerar y lo que no.

No por casualidad son las telenovelas criollas los dispositivos narrativos que mejor dan cuenta de las peripecias de la política nacional. Los ciudadanos interiorizan los mecanismos y modalidades de la corrupción mafiosa viendo estas telenovelas antes que leyendo prensa o viendo noticieros. Las primeras logran organizar un guión donde los segundos tan sólo presentan una sumatoria de alias y versiones, en una profusa confusión de géneros y actores (¿Cómo, si no, distinguir y jerarquizar a los paramilitares, que pueden ser de primera, segunda

* Socióloga. Contacto: olgalu@free.fr

y tercera generación, auténticos o con patentes de corso? ¿Cómo hacer lo propio con los carteles y sus avatares de micro-carteles, bandas emergentes o empresarios emergentes? Los ejemplos de esta confusión deliberada son múltiples...). Por cierto, tampoco es casualidad que las telenovelas se inspiren de las memorias y relatos de los criminales mediatizados (porque los capos, ex capos, confesos narcotraficantes, criminales “arrepentidos”, empresarios mafiosos, etc... son los nuevos héroes de los medios y de las editoriales), ni tampoco es sorpresa que noticieros y telenovelas pertenezcan a los mismos dueños (esto no requiere ni siquiera demostración, pero no sobra recordarlo). Todas estas son algunas de las características propias al funcionamiento del mercado informativo y de entretenimiento en Colombia, que he llamado *real horrible* –porque parece como si un *horrible reality* se hubiera introducido ahí.

Pero es otro nivel, más sociológico, el que me interesa –y es ese nivel el que me interpeló en el libro de Román Gómez.

Porque el autor se ha interesado en el caso Garavito, que precisamente es emblemático de lo que se calla y de lo que se dice, y sobre todo de lo que se calla diciendo y exponiendo.

Un asesino confeso de niños (el crimen más abyecto, aquel para el que muchas legislaciones reservan o proponen la pena de muerte), un número de víctimas casi inverosímil (la inverosimilitud no ha de constituir evidencia a favor o en contra en Colombia, país de excesos como dijera alguna vez García Márquez) y sobre todo, un caso hiper mediatizado (¿quién no sabe quién es Garavito? Y si su condena se produjo hace una década, recientemente un comentarista lo ha revivido en televisión para las generaciones más jóvenes).

Román Gómez, a contracorriente de este universo de lo *real horrible*, sostiene una hipótesis fuerte: el criminal ha sido expuesto en la picota pública –acá, los medios- para obviar, ocultar y silenciar la tragedia que se pretende denunciar.

Una postura de este talante, en el medio colombiano actual, amerita atención. De hecho, fue con la curiosidad de la socióloga que soy, con las herramientas de las ciencias sociales –que no de la moral, porque moralmente no hay ninguna discusión sobre el asesinato y la violación de menores– como me acerqué al manuscrito.

Son dos los niveles de análisis en que me quiero detener alrededor del caso Garavito. El primero es entender cuál es la función de hiper exposición mediática de este crimen.

Como sucede con otros casos de similar factura –esos casos que el periodismo francés ha llamado los “faits divers”¹, la repetición y la escenificación recurrente de los hechos no agrega absolutamente nada a su comprensión. Se trata de repetir -durante horas y horas de programación, en páginas enteras de periódicos y revistas- los sucesos. ¿Para qué?

Sabemos que existe un consenso social sobre la condena hacia crímenes de sangre sobre víctimas totalmente inocentes. Los medios no necesitan, por lo tanto, convencer a nadie –esto es redundante o superfluo. Sin embargo, el caso Garavito ha tenido como eje articulador al propio victimario, del que se repiten y se agregan indiscriminadamente sus crímenes –que en la hipótesis de Román Gómez, que por supuesto es muy difícil de verificar pero que es bien probable, son inferiores a los que se le atribuyen.

¹ Literalmente, “hechos varios”, aunque la traducción más idónea sería miscelánea. Se refiere esta expresión a los hechos delictivos y criminales de muy diversa índole que rompen la cotidianidad.

Lo más interesante, me parece, es ver de qué manera se posicionan los medios frente al caso Garavito. En ningún caso han tratado de indagar sobre la relación del individuo con el medio. Los programas de televisión y la prensa no han tenido como cometido meterse en la cabeza de un violador y asesino de niños. No existe acá el más mínimo interés en las condiciones materiales, sociales, intelectuales, psicológicas o políticas que rodean al personaje Garavito. Pese a que todos hemos oído hablar de él, apenas sabemos nada sobre su origen y recorrido. Estamos en las antípodas de lo que hizo Hannah Arendt para explicarse a sí misma -y a los lectores de *The New Yorker*- cómo era posible que un individuo como Eichmann² existiera, de qué medio social provenía, qué cultura tenía, y sobre todo cómo se posicionaba frente a sus crímenes y frente al nazismo.

En una vena más cercana a la psicología, tampoco se ha buscado ahondar en Garavito -y más ampliamente, en este tipo de individuos- para comprender su psicología, sus motivaciones íntimas, como hizo el escritor Emmanuel Carrère, quien buscó comunicación con Jean-Claude Romand, el hombre que asesinó a su propia familia y que fue condenado a largos años de cárcel. Carrère, en un libro y posteriormente una película³, trabaja a partir de estas entrevistas con el asesino sobre un tema que desborda su caso particular, y que concierne a la sociedad en general: el tema de la (im)postura profesional. Este tipo de aproximaciones permiten no justificar, pero sí entender que los criminales también son producto de su medio y de su tiempo -y diciendo esto, se asume que se puede actuar sobre estos factores.

En el caso Garavito, se ha optado, por el contrario, por la opción más fácil: ponerle la etiqueta de “psicópata”. Esta caracterización -repetida durante horas enteras- pese a su aparente comodidad, no explica en realidad nada (y si el individuo fuera declarado fuera de juicio, no tendría ya responsabilidad sobre sus actos). Así las cosas, aparte de colgar esta etiqueta, ¿cuál es el propósito de los medios con este caso (y con otros similares)?

Evidentemente, se trata de ofrecer *entretenimiento* a los espectadores más exactamente, *entretenimiento morboso*. Siguiendo a Bourdieu, las crónicas rojas, el amarillismo, las informaciones morbosas cumplen una función similar a la del deporte: no hay discusión posible, son formas consensuales de la información. En el caso Garavito, es claro que se trata de un entretenimiento colectivo que no interroga, que no mueve al pensamiento ni a la acción.

Este es el segundo nivel sobre el que me interrogo: ¿qué hay detrás de ese entretenimiento y de ese consenso? ¿Se puede ir más allá de la explicación fácil -‘se trata de un psicópata’?

Me parece que son varias las razones que muestran cabalmente que este tipo de hechos expresan mucho más que una patología individual. En primer lugar, el crimen de que es culpable Garavito, el crimen que mueve a Román Gómez a escribir su libro, el asesinato de niños, no es algo infrecuente en Colombia -por decirlo eufemísticamente. Por desgracia, múltiples y profundas son las modalidades de extrema violencia que se ejercen sobre los niños y jóvenes.

El primero es la “limpieza social”, práctica de exterminación de sectores considerados como marginales de la sociedad- que se ha ejercido en Colombia, con niveles muy altos desde finales de los años setenta (según la documentación existente, el fenómeno se inició en Pereira, que es justamente la zona donde se sitúa el accionar de Garavito). Si bien es difícil

² Ver Hannah Arendt, *Eichmann en Jerusalén: Un estudio sobre la banalidad del mal*, Ed. Lumen, 2003.

³ Ver Emmanuel Carrère, *L'adversaire*, Ed. POL, 2000.

precisar datos, muchas de las víctimas de estos crímenes han sido y siguen siendo menores de edad (y propiamente fueron objetivo los “gamines” de los ochenta y los “ñeros” de los noventa, así como supuestos delincuentes, generalmente hombres jóvenes. Según las estadísticas del Cinep, cerca del 10% de las víctimas de la “limpieza social” a principios de los noventa eran menores de 17 años –pero para esa fecha, los “gamines”, o sea los niños de la calle más jóvenes, ya habían sido eliminados).

En los años 2000, la limpieza social ha regresado con fuerza, como lo denuncian múltiples organizaciones que velan por los derechos humanos: “En más de 100 municipios y 20 de las principales ciudades del país han aparecido panfletos en los que se anuncia el regreso de la *limpieza social* contra jóvenes, prostitutas, drogadictos, delincuentes y homosexuales. Progresivamente la lista de amenazados se amplía. Ahora incluye también a los miembros de las ‘barras bravas’, los estudiantes y profesores de colegios, así como a los líderes de organizaciones juveniles”, denunciaba Iván Cepeda, director del Movimiento de Víctimas de Crímenes de Estado, Movice, en abril del 2009. En agosto de ese mismo año, desde Quibdó, la Diócesis emitía la alerta “S.O.S. por el derecho a la vida de nuestros jóvenes”, y denunciaba: “No es ajena para la comunidad quibdoseña la mal llamada limpieza social, que se viene realizando en la ciudad desde hace varios años ante el silencio y la mirada cómplice de muchos de nosotros y nosotras”. Como se ve, los niños y jóvenes son uno de los objetivos de esta guerra, que lleva ya más de 20 años ante la total indiferencia de los poderes y de la ciudadanía, que más bien tienden a justificarla y promoverla.

Una segunda manifestación de la banalidad de los asesinatos de jóvenes y niños ha estallado en los medios tras las recientes revelaciones de los “falsos positivos”, en realidad ejecuciones extra-judiciales de jóvenes (siendo varios menores de edad) por parte de agentes del Estado, con el objetivo de obtener ascensos y permisos de fines de semana. Aunque este tipo de prácticas son antiguas y han sido denunciadas y documentadas por diversas ONG, sólo fueron mediatizadas y atendidas por el aparato judicial cuando se concentraron varios casos en una localidad cerca de Bogotá. Según la Procuraduría, desde el año 2003 hasta mediados de 2009 se han presentado 812 casos, comprometiendo a más de 1 600 militares.

En tercer lugar, en el contexto de guerra colombiano, los niños son botín de los grupos armados. Recuérdese que hace tan sólo desde 1997 el ejército colombiano dejó de reclutar a menores de edad (y esto se obtuvo gracias al voto de 10 millones de personas, movilizados en torno a la papeleta por la paz). Hoy, los niños siguen siendo presionados y obligados a hacer parte de las fuerzas armadas irregulares, donde son, evidentemente, carne de cañón. De todos los casos de extrema violencia hacia los niños, este tema es el único que es resaltado por el gobierno nacional y las agencias de cooperación, y frecuentemente mediatizado. Se trata, por supuesto, de víctimas ideales para el sistema, instrumentalizadas para obtener determinados fines políticos.

En lo que se refiere estrictamente a la vida de los niños, en suma, la situación es, literalmente, espeluznante. Y desoladora es también en lo que se refiere a su dignidad como seres humanos.

Para volver a otro de los aspectos que acentúan la dramatización mediática en el caso Garavito, la violación de menores de edad, Colombia registra una situación que no por poco documentada deja de ser deplorable. La violación de niñas y niños, tema tabú en la sociedad, es “atenuada” por la “tradicción” de la violación por incesto, que pese a la gravedad de sus secuelas emocionales es, a veces, considerado como un atavismo cultural. Fue sólo a raíz de la aparición mediática global de Natascha Kampusch, la austríaca que fue encerrada y violada

por su padre durante ocho años, que algunos periodistas se interrogaron por las modalidades colombianas, encontrando situaciones como esta:

Los G. son una familia de El Santuario que hace más de tres décadas mantiene una costumbre tan común en el oriente antioqueño que casi se ha convertido en una tradición: el incesto. Por generaciones, hermanas, madres, abuelas, tías y, ahora sobrinas de este núcleo familiar, han soportado en silencio el abuso sexual de los hombres que conviven a su lado. A sus 34 años, Inés, la hermana del medio, recuerda que cuando tenía 5, vio cómo su padre enamoraba a su hermana de 12 y aprendió a callar. Cuando llegó su turno también guardó silencio y se hizo partícipe del incesto, ese secreto a voces que comparten muchas otras familias de la subregión⁴.

En un registro cercano se presenta el escenario de la prostitución de menores de edad. Según estimaciones de Unicef, en 2009 había en Colombia unos 35 mil niños y niñas vinculados a la explotación sexual. Según el mismo estudio, la cifra se ha triplicado en los últimos tres años, y la edad en que se induce al abuso se ha reducido incluso por debajo de los 10 años. Es sabido que en mecas turísticas, como Cartagena, existe un lucrativo mercado de niños. Por cierto, muchos de estos niños, y sus padres, han sido víctimas del desplazamiento forzado. En Colombia, en el 2008 la Acnur estimaba que había 4 millones de personas desplazadas; según los datos de diversas ONG, el 55% de ellos son niños y niñas.

Otras prácticas aberrantes de que habla Román Gómez en su libro, como el tráfico de órganos y los ritos satánicos, prácticas para las que se piden cuerpos jóvenes, se ejercen también directa e impunemente sobre los cuerpos de los niños. Si bien son muy difíciles de cuantificar, dada la configuración sumamente clandestina de estas redes criminales, algunos trabajos apuntan a su alta incidencia en la región central.

Una evidencia adicional de la desesperación en que viven los niños colombianos es el suicidio en esta franja etárea. Según un estudio hecho en 2006 por la Liga Colombiana contra el Suicidio entre 5.000 estudiantes, el 41% dijo haber pensado en suicidarse y el 16% dijo que ya lo había intentado. Corroboró lo anterior una estadística suministrada por Medicina Legal: para el año 2003 hubo 66 suicidios efectivos de menores de 15 años, 28 de niños y 38 de niñas. En una ciudad como Bogotá, los suicidios de menores de edad representan entre el 10% y el 20% de los suicidios totales.

Esta rápida recapitulación (en la que obviamos la discusión sobre otros tipo de violencia aún más frecuentes –malos tratos, golpes, torturas, explotación laboral- que además, se suelen producir dentro de la familia) muestra todo lo que oculta el caso Garavito. Fijando la atención sobre un solo individuo, se obvia mirar la totalidad del sistema que está generando una enorme violencia hacia los niños.

Y es que Garavito es el chivo expiatorio ideal, pues es culpable de crímenes, como él mismo lo ha dicho. Pero su culpa, asumida y purgada, no puede *distraer* y mucho menos *obviar* una discusión de fondo sobre esa violencia sistemática sobre los niños y niñas, sobre quienes la ejercen, sobre quienes son cómplices de ella.

⁴ “El incesto se presenta de manera frecuente en las familias del Oriente Antioqueño”, *El Tiempo*, junio 27 de 2009.

Y acá debemos recordar una característica fundamental de estos crímenes: los niños que son víctimas de la mayoría de las violencias que hemos señalado pertenecen a sectores populares⁵ -y la recreación que hace Román Gómez de sus trayectorias, de sus familias, aunque ficticia, es muy verosímil. Este es un aspecto central, determinante para comprender la absoluta permisividad con todos estos crímenes.

La fascinación por el “monstruo” -que da ganancias en términos de *rating* y venta de libros tremebundos- sacia, a la vez que se evita ver lo que la sociedad les propone a miles de niños de sectores pobres y pauperizados. El caso extremo es la “limpieza social”: se busca acá la eliminación directa de los sectores de la población que son considerados como “marginales” (niños y niñas de la calle, pero también reales o supuestos ladrones, y en general reales o supuestas prostitutas, travestis, transexuales, homosexuales...). Esta elección de la sociedad expresa con crudeza los “valores” aceptados y difundidos -o por lo menos no combatidos- por las capas dominantes (pues son éstas las que difunden los patrones de comportamiento que revisten mayor legitimidad social). Así, buena parte de la sociedad colombiana apoya, a veces con su pasividad, otras veces con su discurso y acción, la “limpieza social”, convirtiéndose en autora o cómplice de estos crímenes.

El libro de Román Gómez recoge muchas de estas inquietudes -por medio de sus personajes, además, el autor elabora hipótesis de corte criminológica sobre Garavito. Sacar del letargo, desanestesiar a los espectadores del *entretenimiento morboso* y proponer otra forma de ver el exterminio de los niños y jóvenes de sectores populares en Colombia, me parece que es su mayor mérito.

Es de desear que este tipo de reflexiones lleven, en el futuro, a escrutar otros aspectos que explican esta perversa configuración social, en particular el papel de las élites y del poder en la consolidación de este modelo de violencia. En cuanto a los lectores, les queda la posibilidad, por medio de sus acciones, de sus posturas, de cuestionar(se) y de contribuir, como ciudadanos, para que Colombia no siga siendo un *reality* del horror.

⁵ El suicidio infantil, incluso, se presenta con mayor frecuencia en estratos medios y bajos que en estratos altos. Sobre la distribución en los diferentes estratos de violencias más “privadas”, como el incesto, seremos más prudentes.